

TEORÍAS DE LA LITERATURA

DIDIER ERIBON

Los grandes escritores suelen ser grandes teóricos. Algo que es particularmente cierto en lo relativo a las cuestiones de género y de sexualidad. A través del análisis de las obras de Proust, Genet, Gide y otros autores, Didier Eribon esclarece el modo en que las novelas son espacios donde se enfrentan concepciones antagónicas de la sexualidad. Pero por muy diversas que sean, las teorías siempre se desarrollan dentro de marcos normativos. Si bien las novelas ponen en escena personajes "transgresores" y prácticas "desviadas", no dejan de inscribirse en un universo en el que se respetan rigidamente la polarización y la jerarquía de lo masculino y lo femenino. ¿Las prácticas "subversivas" realmente afectan al sistema del género? ¿Lo que se aparta de la norma queda fuera de ella?

Mediante el concepto de "veredicto", Didier Eribon propone dirigir la mirada hacia el nivel de las estructuras. Es que las prácticas minoritarias podrían formar parte del sistema y contribuir a su perpetuación antes que a su transformación. Entonces, ¿cómo podemos plantear el cambio social y la política radical?



TEORÍAS DE LA LITERATURA

SISTEMA DEL GÉNERO
Y VEREDICTOS SEXUALES

DIDIER ERIBON



W
WALDHUTER
EDITORES

Actualis

Eribon, Didier

Teorías de la literatura : sistema del género y veredictos sexuales / Didier Eribon.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Waldhuter Editores, 2017.
128 p. ; 20 x 13 cm. - (Actualis)

Traducción de: Carlos Schilling.
ISBN 978-987-45955-6-0

1. Ensayo Sociológico. I. Schilling, Carlos, trad. II. Título.
CDD 301

Título original: *Théories de la littérature. Système du genre et verdicts sexuels*
ISBN de la edición original: 978-2-13-065100-0
© Presses Universitaires de France, 2015

De esta edición:

D.R. © Waldhuter Editores, 2017
Avenida Pavón 2636, (1248) Buenos Aires, Argentina
waldhutereditores@fibertel.com.ar

Nuestras redes sociales:

www.waldhuter.com.ar/waldhutereditores
www.facebook.com/waldhuter.editores
http://twitter.com/waldhuter_edit

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayudas a la publicación del Institut français.

Diseño de colección: Facundo Carrique
Edición: Julio Patricio Rovelli
Traducción: Carlos Schilling
Corrección: Mónica Herrero

Fotocopiar libros está penado por la ley.
Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial
Libro de edición Argentina
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

ÍNDICE

11	I IDENTIDADES DE PAPEL
23	II TEORÍAS RIVALES
35	III a FAVOR DE SAINT-BEUVE
49	IV HISTORIAS DE LA "HOMOSEXUALIDAD"
69	V CONTRA DISCURSOS Y CONTRA CONDUCTAS
77	VI BAJO LA LEY DEL FALO
101	VII La FUERZA DEL SISTEMA

El siguiente texto fue primero una conferencia, titulada "Identidades de papel: el espacio literario, la norma, la disidencia". Fue pronunciada en el acto de clausura del coloquio "Ficciones de la masculinidad en las literaturas occidentales", que se desarrolló en la Universidad Paris-Sorbonne, el 31 de mayo y el 1 y 2 de junio de 2012.

Se publicó una primera versión, con el mismo título, en las actas de ese coloquio (bajo la dirección de Bernard Banoun, Anne Tomiche y Mónica Zapata, París, Classiques Garnier, 2014). Este volumen ofrece una versión ampliamente revisada y desarrollada.

I | IDENTIDADES DE PAPEL

Los grandes escritores suelen ser grandes teóricos. Y si bien he insistido más de una vez en recordar que en la práctica de la teoría, o al menos cuando trata de ser crítica, hay una fuerza particular que transforma las percepciones de lo real y, por lo tanto, de lo real en sí mismo, creo necesario resaltar que a menudo las obras literarias contienen aún más visiones existenciales, políticas y teóricas que muchos trabajos publicados en las áreas de la filosofía o de las ciencias sociales (incluso si se tiene en cuenta que, desde hace ya tiempo, estas últimas parecen haber renunciado a toda ambición conceptual, en nombre de dogmas esterilizantes y de "campo"; a lo que se suma la necesidad permanente de trazar fronteras y edificar muros entre las disciplinas).¹

Una cosa es cierta: cuando se trata de cuestiones de género o de sexualidad, la literatura muestra tentativas

¹ Ver sobre este tema: Geoffroy de Lagasnerie, *Logique de la création. Sur l'université, la vie intellectuelle et les conditions de l'innovation*, París, Fayard, 2011.

de teorización o, en todo caso, cuestionamientos mucho más interesantes que las respuestas inmutables que repiten los adeptos a la ideología psicoanalítica. Esto es evidente en Marcel Proust, en particular, pese a esa tan citada frase suya contra la literatura cargada de teorías. ¡Pero si existe una obra saturada de teorías es la de Proust! Proliferan a cada página y abarcan todos los ámbitos.

El problema, tanto en él como en otros, consiste en saber quién es el autor de la teoría que figura en tal libro o en tal pasaje de un libro. ¿El escritor? ¿El narrador? ¿El personaje al que pertenece el discurso referido por el narrador, etc.? Y también hay que preguntarse si el autor suscribe a las teorías enunciadas por uno de sus personajes o por el propio narrador y, por consiguiente, interrogarse acerca del estatus de la teoría expuesta en una novela o en un ciclo novelesco: ¿es la que el autor desea sostener o la que quiere denunciar, etc.?

En este sentido, basta con remitirse al *Corydon*, de André Gide (que, por cierto, no es una novela propiamente dicha), donde aquel que dice "yo" expone las tesis a las que el autor se opone de forma decidida. Aquí, dos puntos de vista se enfrentan en un diálogo de tenor histórico y filosófico, durante el cual el personaje que enuncia las opiniones del autor refuta punto

por punto las afirmaciones del narrador. Y podríamos preguntarnos si no es un procedimiento análogo, pese a las enormes diferencias entre uno y otro, lo que hallamos en Proust: es como si el narrador tuviera que ser heterosexual para que el autor, que no lo es, se permita abordar el tema de la homosexualidad. Así como *Corydon* está construido como la visita de un hombre "normal" a un hombre que, a los ojos del orden social, no lo es y, que a lo largo del libro, va a tratar de demostrar, mediante referencias a la ciencia, a la literatura, a la historia política y militar, a la historia del arte, etc., que, a pesar de todo, él sí es normal, y que está del mismo lado de todo lo elevado, puro y noble que la civilización ha producido y puede producir, de igual modo, en los volúmenes de *En busca del tiempo perdido* se suceden y se encadenan—entre otras cosas, por cierto— como una larga exploración etnográfica, social, cultural, psicológica, etc., los mundos de la homosexualidad masculina y femenina, una exploración guiada por un narrador que describe regiones supuestamente desconocidas para él y a las que descubre poco a poco. Sin embargo, parece saber tanto sobre ellas que nos preguntamos si es un simple espectador curioso de ese teatro—del que nos muestra lo que ocurre tras bambalinas— o si está dotado de una presciencia que le es otorgada precisamente por

el propio autor; de quien obtiene a la vez la mirada y la relación de intimidad con esos territorios cuyo secreto intenta iluminar y que, por otra parte, nunca es un verdadero secreto para nadie, como toda la novela tiende a mostrarlo. En efecto, hay que señalar que el narrador percibe o adivina de inmediato distintos aspectos de la homosexualidad masculina, al punto de que puede reconocer a un "invertido" solo escuchando su voz y sin necesidad de verlo, pero no deja de interrogarse acerca de los misterios de la vida en Gomorra, que le generan una enorme incertidumbre y que nunca llega a penetrar: por un lado, tenemos una evidencia casi transparente y, por el otro, un enigma casi opaco..., lo que sin dudas nos remite a todo lo que sabe el propio autor del mundo de los hombres entre ellos y todo lo que ignora del mundo de las mujeres entre ellas.

Cuando comprobamos que varias teorías conviven en un texto literario, es legítimo preguntarse si, al revés de lo que hace Gide, quien afirma un punto de vista bien definido, el autor no está simplemente tratando de exponer la multiplicidad de teorías posibles, en especial, las teorías que en determinado momento de la historia chocan y confrontan entre sí, y lo hace apelando a estrategias literarias y narrativas para referirse a realidades siempre "escandalosas", pero también para diferenciarse

de otros escritores de su tiempo, junto a quienes y a la vez contra quienes, debe elaborar su proyecto.²

Es importante, además, resaltar que una teoría enunciada por el autor o el narrador a propósito de un personaje puede muy bien no ser válida para otros personajes, lo que elimina la pretensión de generalidad de la teorización, aunque se la proclame en voz alta. Lo demostró Eve Kosofsky Sedgwick, en el deslumbrante capítulo sobre Proust de su *Epistemology of the Closet*, en el que recuerda que la teoría de la homosexualidad elaborada por Proust—mejor dicho, extraída de textos psiquiátricos de la época y compartida también, con inflexiones diferentes, por Magnus Hirschfeld y su noción biologizante del "tercer sexo"—a propósito de Charlus al comienzo de *Sodoma y Gomorra*, según la cual el homosexual masculino—o mejor dicho el "invertido"—tendría un alma de mujer encerrada en un cuerpo de hombre y, por lo tanto, sería en cierto modo más una mujer que un hombre, o incluso

² En el análisis del espacio literario francés de principios del siglo xx y de las posibilidades y las dificultades de un "yo" en la literatura cuando aborda las cuestiones sexuales, nos remitiremos a la importante obra de Michael Lucey, *Never Say I. Sexuality and the First Person in Colette, Gide and Proust*, Durham, Carolina del Norte, Duke University Press, 2006. En un sentido más general, tengo una deuda enorme con los trabajos publicados y por publicarse de Michael Lucey.

sería una mujer pese a la apariencia masculina (una apariencia ambigua o defectuosa que trasluce la verdad a través de un montón de signos físicos, gestuales, vocales, etc.) no se aplica y no es aplicada por el narrador a otros personajes que pronto uno descubre que son gays, como Saint-Loup, joven aristócrata y oficial que nunca es descrito como "afeminado" y nada en él hace sospechar que le gustan los hombres, porque desde el principio del ciclo novelesco, e incluso después, se muestra como un mujeriego.³

Ahora bien ¿podemos decir que esta teoría se aplica a Charlus? Es una teoría enunciada por el narrador a propósito de Charlus, y también aquí podemos remitirnos a las hermosas páginas que Eve Sedgwick le dedica a lo que ella denomina el "espectáculo del placard": la novela pone en escena un personaje que cree esconder lo que está a la vista de todos, pero el narrador y los otros juegan con el saber —el privilegio epistemológico— que tienen sobre él. No obstante, quisiera añadir un punto importante al famoso análisis de Sedgwick acerca del "placard" como estructura epistemológica de opresión y acerca del "privilegio heterosexual" que produce y reproduce esa

³ Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemology of the Closet*, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 1990.

estructura. La cuestión puede plantearse así: ¿Charlus se piensa a sí mismo en los términos que le aplica el narrador? ¿Aceptaría la teoría elaborada para él, esa teoría que tradicionalmente se presenta como la "teoría proustiana de la homosexualidad"? ¡Evidentemente no! Y es posible sostener que, en cierto modo, Charlus se escapa, con su propio discurso, de todo lo que se dice de su persona; en tanto personaje que habla —y que habla mucho de sí mismo bajo el pretexto de hablar de los "homosexuales" que proliferan en todas partes y que proliferaron a largo de la historia—, resiste a la teoría de la homosexualidad como "inversión" desarrollada por el narrador a propósito de él como personaje del que todos hablan. El narrador es consciente de eso, porque mientras intenta revelarnos que el barón en realidad es una mujer, evoca a un Charlus "que se jactaba de su virilidad" y a "quien todo el mundo le parecía detestablemente afeminado". Tal como la revela y la enuncia el narrador, la verdad profunda de Charlus lo conduciría al exacto contrario de lo que él cree y proclama ser. Pero eso nos induce a pensar que si interrogáramos a Charlus acerca de lo que se dice de él en la novela, a través de las voces de su narrador y de su autor, protestaría con vehemencia e indignación contra dicha forma de caracterizarlo. Y tampoco hace falta interrogarlo: Charlus nunca pierde

la ocasión de esbozar ante el lector una teoría que, si bien no es tematizada como tal y parece armada con fragmentos dispersos, frases confusas desgranadas de manera más o menos sentenciosa y solemne a lo largo de las páginas, si bien es una teoría espontánea, una prototeoría cuyos elementos están más o menos codificados y son más o menos serios, y que parece más una larga parrafada obsesiva y a veces incoherente que una reflexión rigurosa, no deja de ser un discurso sobre la homosexualidad sostenido por un homosexual y que no se corresponde en nada con lo que el narrador heterosexual dice de él.

Tanta distancia termina sorprendiéndonos: ¿en qué medida y por qué razón ese narrador heterosexual puede ser el vocero de un autor homosexual (Marcel Proust) que ha creado una figura heterosexual (el que dice "yo" en la novela y cuyo relato da vida a los otros personajes) para pensar la homosexualidad y hablar de ella con definiciones de alcance general, que sus personajes homosexuales contradicen de diferentes maneras y a las que, en la vida real, a él mismo le hubiese horrorizado que lo redujeran? Recordemos, en efecto, que cuando Jean Lorrain, un autor gay muy famoso en su época y afecto a los escándalos, puso en duda su virilidad, Proust lo invitó a batirse en duelo, una práctica que según nos enseñan

los historiadores era una de las fraguas simbólicas donde se forjaba y se afirmaba la masculinidad de las clases dominantes. En una crítica de *Los placeres y los días*, en 1897, tras multiplicar las observaciones irónicas sobre el pretencioso preciosismo del autor (y sin dudas "precioso" era un obvio eufemismo de "homosexual") y sobre las flores dibujadas por Madeleine Lemaire para ilustrar los poemas del volumen, Lorrain desliza una pérfida alusión a la relación de Proust con Lucien Daudet, el hijo de Alphonse Daudet y hermano de Léon, futuro crítico literario influyente de *L'Action française* (que, por otra parte, le brindará una recepción bastante favorable a los libros de quien había sido el amante —¿solo platónico?— de su hermano menor). Y podríamos nosotros también, junto con Jean Lorrain, interpretar el papel de espectadores del placard, donde permanece encerrado quien pronto va a escenificar el "espectáculo del placard" en *En busca del tiempo perdido*, e ironizar sobre el hecho de que este autor de "estilo preciosista", que era Proust, pretendiera ocultar su homosexualidad e indignarse de que pudiera cuestionarse su virilidad, cuando en realidad el afeminamiento que le atribuye Lorrain debería haber sido asimilado por Proust a su profunda verdad de hombre-mujer, tal como unos años después su propia teoría, expuesta en un escrito

II | TEORÍAS RIVALES

impregnado de pretensión científica o teórica, iba tratar de grabarla en lo más profundo del cuerpo y de la mente de todo homosexual masculino. De ahí viene la necesidad de Proust, tan preocupado por negar su homosexualidad, de encontrar un medio para afirmar su virilidad, justo cuando los demás—los espectadores de su placard, y no solo los espectadores heterosexuales, sino también los espectadores gays más osados que él y, sin dudas, irritados por su actitud— se divierten recordándole su afeminamiento (¡la práctica del “outing” de un gay que disimula señalado por un gay que se afirma es historia antigua!). Tiempo después, Proust replicará con indignación a un crítico que menciona su estilo afeminado, evocando ese duelo de opereta como la prueba ya suministrada de lo que no deja de proclamar como la evidencia de su virilidad. Dos visiones antagónicas parecen oponerse: él se piensa viril, los otros le dicen afeminado. La partida que se juega en este caso es análoga u homóloga, aunque con los roles invertidos, a la que se juega en la novela entre el narrador y los miembros del clan Verdurin, por un lado, y el barón de Charlus, por el otro: unos creen detentar la verdad del otro y no se privan de deslizar alusiones en público, y el otro rechaza con toda su alma esa verdad que le adjudican y, en el escenario de un verdadero teatro social, trata de ofrecer pruebas de una verdad opuesta.

De modo que habría una especie de inestabilidad fundamental de la teoría de la sexualidad —y de la teoría del género a la que contiene como uno de sus componentes esenciales—, por más segura de sí misma que parezca, como sucede con el ensayo teórico insertado al principio de *Sodoma y Gomorra*. La implosión siempre la amenaza. Primero, porque si bien es enunciada como una ley general, uno se da cuenta enseguida de que no puede aplicarse a todas las situaciones ni a todos los personajes. En absoluto. Apenas expuesta, ya es impugnada por la misma obra (a través del retrato de Saint-Loup, por ejemplo, y de algunos otros). Pero también porque constantemente se cruza con discursos rivales —expuestos de forma simultánea— que hacen tambalear su pretensión al monopolio interpretativo. La teoría no solo es contradicha por la pluralidad de maneras de ser y de pensarse a sí mismo. También es destruida por las palabras que implícita o explícitamente vienen a socavar su autoridad. Sin dudas, como ha subrayado

Gérard Genette, en una novela siempre es posible leer un punto de vista dominante y puntos de vista dominados. Y el hecho de que los puntos de vista dominados puedan expresarse siempre y en todas partes no impide que el punto de vista dominante conserve su carácter hegemónico y mantenga a los otros en la inferioridad. Incluso, tanto en la vida social como en la literaria, es una de las principales modalidades de dominación de un punto de vista: que esté nítidamente marcado y sea eficazmente operativo respecto de otros puntos de vista que aparecen junto a él o frente a él. Pero eso significa que solo funcionará de modo relativo y con relativa ignorancia de sus efectos.

Por supuesto, en Proust, el punto de vista del narrador goza de un privilegio considerable: el mundo es visto a través de sus ojos, y las palabras y los gestos de los otros personajes son reconstruidos, comentados, disecados, interpretados, explicados, evaluados, juzgados por el narrador. Pero a través de ese filtro, a través de ese tamiz de estrecha trama, la palabra de los otros personajes existe a pesar de todo y logra hacerse escuchar. Y en cierto modo, esta otra palabra, por el simple hecho de existir, no deja de impugnar y recusar la palabra dominante (incluso si, como veremos, esta resistencia opera en un cuadro delimitado por las categorías

normativas de masculino y femenino, de nación, de raza y de clase...). El personaje gay –Charlus– resiste al discurso del narrador *acerca de* la homosexualidad (es decir, en buena medida, *acerca de él*, de Charlus). De manera que la teoría de la homosexualidad en Proust, lo que comúnmente se denomina la teoría proustiana, no solo no es sostenida por el principal personaje homosexual sino que este la niega y la rechaza.

Eso significa que hay varias teorías de la homosexualidad en Proust. Si bien el narrador representa el punto de vista del autor, no sería arbitrario decir que se trata de teorías antagónicas de la homosexualidad defendidas por homosexuales que confrontan acerca de la cuestión de saber y de expresar lo que son. Es una confrontación entre el autor y el personaje que aquel describe o el modelo en el que se inspira; pero hemos visto que el autor parecía aceptar que había muchas identidades homosexuales, y no solo porque describe varios tipos de "invertidos", dotados de características y "gustos" diferentes, en el mismo pasaje teórico donde los agrupa en una sola categoría, sino sobre todo porque él mismo se excluye con firmeza de la abarcativa definición que les atribuye a los otros.

Por lo tanto, deberíamos evitar referirnos a "la" teoría proustiana como si hubiera una sola. Por un lado,

pese al tono perentorio del pasaje, esta aprehensión teórica de la realidad se nos presenta como provisoria. El propio narrador nos dice, en un inciso lapidario, por cierto, pero desde el principio, que tal vez se vea obligado a modificarla en el curso del libro. De hecho, cuando descubra, hacia el final de *Albertine desaparecida* y luego en *El tiempo recobrado*, que a Saint-Loup también le gustan los hombres y se pregunte, sin hallar una respuesta, cuándo comenzó esa "evolución psicológica" que deriva en su relación con Morel, el narrador se complacerá de ver ahí el estrato explicativo más profundo de aquello que nutre desde siempre los ideales morales y sociales del marqués —a los que no se priva de calificar de "mentirosos"—, en los que la fraternidad militar y la valentía guerrera, dentro de esa "orden de caballería puramente masculina" que es el ejército en el frente, le darán una forma concreta "irreconocible e idealizada" a "la idea marcadamente aristocrática de M. de Charlus de que la esencia de un hombre era no tener nada de afeminado". Esto último se reducía para él a no usar nunca "corbatas demasiado claras". Su sobrino, finalmente, llevará esta ideología masculinista al extremo de desafiar el peligro y sacrificar su vida para proteger la retirada de sus hombres tras haber comandado el ataque a una trinchera enemiga. Nada de lo que se dice de Saint-Loup en esas

páginas sugiere el más mínimo vínculo con la teoría de la inversión psíquica (al contrario, pues el narrador plantea la hipótesis —poco creíble, sin embargo— de que Saint-Loup se habría inclinado hacia los amores masculinos por haber descubierto en la cara de Morel los rasgos de su antigua amante Rachel: Saint-Loup sería, entonces, un hombre que busca a una mujer en un hombre, y no una "mujer" que busca a un hombre...).

Por otra parte, no habría que desdeñar la exuberancia verbal del barón, sus declaraciones desbocadas sobre sí mismo y sobre los otros. Es algo que tal vez Michel Foucault hubiera denominado "saber sometido" que se debate contra ese sometimiento y que, a veces, llega a la "insurrección" de forma más o menos espontánea y, a la vez, más o menos inducida por los argumentos que le aportan los textos literarios, las investigaciones periodísticas, los ensayos históricos, los acontecimientos traumáticos (como la condena a Oscar Wilde o el caso Eulenburg) y los movimientos colectivos o políticos (como en Alemania en esa época, aunque sea poco probable que el equivalente real de un Charlus hubiera sentido afinidad por Hirschfeld, pese a que también él fue transformado por una declaración pública reivindicatoria). En todo caso, se trata de un saber dominado (si bien lo formula un hombre socialmente dominante,

el hecho de que esté del lado de los dominados en esta cuestión lo convierte en un blanco de burla, insulto o humillación), pero nunca "reprimido" en el sentido de ser reducido al silencio total, porque logra expresarse y afirmarse, pese a los riesgos que implica (lo que tiene un doble filo, porque vemos que los dominantes se aprovechan de sus ganas de hablar y lo incitan a delatarse contra su voluntad, para reírse de él a sus espaldas o incluso en su presencia). Por otra parte, es lo que provocará la decadencia del barón, su destitución social, podríamos decir, pues la multidimensionalidad del mundo social implica que se puede ser dominante en un registro y dominado, por lo tanto vulnerable, en otro (dado que lo que uno "es" siempre se define por un conjunto complejo de relaciones estructurales en campos diferenciados); pero los registros se interfieren de manera cruzada, y eso tiene consecuencias que pueden afectar profundamente el estatus social —en este caso, la posición en la sociedad— al degradar la "reputación" moral. Es evidente: Charlus habla todo el tiempo de la homosexualidad y de los homosexuales. En *La prisionera*, el autor ironiza más de una vez sobre esa manía, esa logorrea monomaniaca, que sin embargo es menos sorprendente y singular de lo que parece (¡más bien sería un rasgo ampliamente compartido!). Cualquiera sea el

tema de conversación, el barón no puede evitar volver una y otra vez a su obsesión. Tiene una opinión sobre todo lo concerniente a la homosexualidad, su historia, su presente, su futuro les revela a sus interlocutores la verdad sobre los hábitos sexuales de los grandes personajes, y la lista de los catalogados como tales se extiende hasta volverse interminable, etc. Tanto habla y parece saber tantas cosas sobre el tema que su amigo Brichot, profesor en la Sorbona, se imagina que podría dar clases de Homosexualidad en el Colegio de Francia. ¡Por supuesto! Cuando Brichot cuestiona la veracidad de sus más osadas afirmaciones, Charlus replica que no "trabaja para la historia" y agrega que con "la vida" le "basta". "Ella es más que interesante", argumenta. Pero ante lo que aparenta ser una nueva perorata de Charlus sobre ese tema que tanto lo apasiona, Brichot no puede evitar comentarle:

—Decididamente, Barón —dijo Brichot— si alguna vez el Consejo de Facultades propone crear una cátedra de homosexualidad, le propongo a usted en primer lugar. O no, más bien le cuadraría un instituto de psicología especial. Y como mejor lo veo en un sillón del Collège de France que le permitiera entregarse a unos estudios personales para luego ofrecer los resultados,

como hace el profesor de támil o de sánscrito, ante el reducido número de personas que se interesaría por esto. Tendría usted a dos oyentes y el bedel, dicho sea sin intención de echar la más ligera sombra sobre nuestro cuerpo de bedeles, al que creo fuera de toda sospecha.

—No sabe usted nada de eso —replicó el barón en un tono duro y tajante—. Por lo demás, se equivoca al creer que eso interesa a tan pocas personas. Muy por el contrario...⁴

Vemos que la idea de un programa de estudios gays y lesbianos (en este caso, un programa de estudios gays antes que gays y lesbianos) y del enorme interés que podría suscitar no tuvo que esperar hasta los años 1990 para que alguien la propusiera. Ya Proust la sugería, a veces con malicia y otras con seriedad. ¿Acaso no es eso lo que quería emprender él mismo, al igual que Gide, con su ambicioso proyecto de renovación de la novela europea articulada con la descripción de los

⁴ Marcel Proust, *La Prisonnière*, en *À la recherche du temps perdu*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, t. III, pp. 811-812 [*La prisionera*, en *En busca del tiempo perdido*, Madrid, Alianza, 1991, p. 177, trad. de Consuelo Berges].

mundos subterráneos de la sexualidad? Y ya entonces prefería un saber basado en la experiencia vital y en la biografía de los individuos antes que un saber universitario limitado, que no veía o no quería ver esas realidades. En efecto, Charlus, poco antes de que Brichot lo imagine dando conferencias sobre el tema, trata de ignorante al profesor de la Sorbonne, precisamente porque no sabe nada de los temas de los que están hablando, pese a que Brichot, de mente más abierta que muchos universitarios que lo sucederán un siglo después, parece muy dispuesto a escuchar con atención lo que dice su amigo y aprender de él. Es verdad, Brichot compara al barón con un "cruzado" de la homosexualidad, porque los dominantes siempre asimilan los discursos que las minorías formulan acerca de sí mismas a una cruzada, a una forma de activismo o incluso de proselitismo. Pero a la vez le interesa y le fascina todo lo que le cuenta Charlus, pues tiene la impresión de encontrarse en la realidad con un personaje idéntico a los que ha conocido en sus lecturas de textos antiguos, estudiados en el marco de su oficio de erudito (lo que por supuesto presupone la idea de una continuidad transhistórica y de una invariancia de la homosexualidad a lo largo de los siglos, mientras que la teoría desarrollada en la novela duda en aceptar semejante atemporalidad, ya sea

III | a FAVOR DE SAINTE-BEUVE

adhiriendo a esa concepción, mediante la noción de "raza maldita", sumada a la referencia bíblica de Sodoma, o contradiciéndola, mediante la distinción entre un ayer y un hoy, la homosexualidad habitual en la Antigüedad y la homosexualidad "nerviosa" —o sea fisiológica— "que se oculta" en la sociedad contemporánea). ¿Pero no es precisamente por ser gay que Charlus sabe tantas cosas y, en cambio, Brichot, por ser heterosexual, no sabe nada, excepto vagas nociones obtenidas de la lectura de autores clásicos? Brichot lo acepta sin rodeos: se maravilla del impresionante conocimiento que Charlus le debe a su modo de vivir e insiste en que frecuentar una biblioteca no es nada comparado con lo que enseña la "existencia", y así revela que no tiene dudas acerca de la "existencia" del barón, mientras este sigue hablando como si nadie pudiera sospechar lo que era la realidad de su vida. En ese instante crucial, la novela subraya que el saber libresco es muy inferior a la "experiencia" vital.⁵

⁵ *Ibid.*, p. 833 [p. 191, de la edición española citada].